

## **Anexo 1:<sup>1</sup>**

### **LA RESPUESTA TOTAL DEL ANALISTA A LAS NECESIDADES DE SU PACIENTE**

**Margaret Little**

**(Londres)**

El material que voy a usar para ilustrar mis puntos de vista consiste en media docena de episodios de un análisis. Esto significa comprimir en el espacio de diez minutos cosas que ocurrieron a lo largo de diez años, y esto sólo puede dar un cuadro muy distorsionado, soy consciente de que será comprensible de una manera bastante limitada.

La condensación de diez años en diez minutos es en realidad bastante apropiada, ya que mi paciente Frida ha estado desorientada en el tiempo a lo largo de su análisis y lo ha usado de manera totalmente personal, lo que ha dificultado su comprensión.

Esta desorientación ha sido uno de sus principales rasgos regresivos, aunque no padeciera de una enfermedad de índole regresiva, y hubiera muy poca regresión obvia en las sesiones.

Fue derivada a mí por robos, aunque no me lo mencionó durante todo un año, en lugar de eso me habló de sus dificultades con su marido e hijos; padecía también de una erupción en la piel que afectaba principalmente su cara, la vulva y las superficies internas de los muslos.

Además de su marido y yo, solamente una persona de las conocidas sabía acerca de los robos, era una trabajadora psiquiátrica que había estado presente cuando un detective la interrogó; esta mujer vio al detective con ella y arregló para que los objetos robados fueran devueltos, y para que Frida buscara auxilio psiquiátrico.

La infancia de Frida en Alemania ha sido muy traumática. Sus padres eran judíos; su padre, un hombre muy brillante pero vano, egoísta y megalomaniaco; su creencia mágica de que ningún daño le podía ocurrir lo llevó a permanecer en Alemania después de que toda su familia había emigrado, y finalmente encontró la muerte en un campo de concentración. Su madre estaba todavía viva, posesiva en el más alto grado, mezquina, mojigata e hipócrita, peleó con todos sus parientes durante treinta años y después con su marido hasta romper su matrimonio. Vi-

---

<sup>1</sup> Fuente: Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.  
Traducción: Norma González y Mabel Rodríguez.

lipendiaba a su marido delante de los chicos y ahora habla de su matrimonio como habiendo sido siempre infeliz. Le gusta pelearse en la búsqueda de reconciliaciones sentimentales.

Ambos padres se aprovechaban de sus hijos: a Frida la hacían responsable de sus hermanos pequeños, se esperaba de ella que sirviera a su padre y estaba forzada a hacer cosas que hubiera hecho por propia voluntad si la hubieran dejado sola ya que ella amaba mucho a su padre.

Además de ser obligada por su madre, su padre le castigaba golpeándola con una fusta de montar ante cualquier rebeldía o contestación, especialmente cuando ella rehusaba obstinadamente decir que se arrepentía de desobedecer a su madre. Su madre la castigaba pegándole, y arrastrándola en un oscuro armario para escobas. Cuando tenía alrededor de cuatro años fue curada de la masturbación poniéndola en un baño frío durante quince minutos por vez.

Su madre nunca olvidó sus crímenes a pesar de que habían sido castigados, expiados y ostensiblemente perdonados; sin embargo fueron mantenidos postergados indefinidamente hasta que veinte años más tarde resurgieron con toda su intensidad original. Ella aún trata de explotar a Frida emocionalmente.

Este cuadro de sus padres se reveló lentamente; al principio eran descriptos como gente amable, común, y fue con gran sorpresa que Frida se dio cuenta de este otro cuadro que estaba escondido. Frida era la hija mayor y fue un desengaño para sus padres que esperaban un hijo varón para llamarlo Fridl, como su padre. Fue amamantada durante unos pocos días solamente, hasta que la leche se secó cuando su padre le hizo una broma a su madre diciéndole que la niña se parecía más a un amigo de él que a sí mismo.

En la escuela fue infeliz, estando a menudo aislada, confundida y en un estado de ensueño. En el colegio fue tema de una conferencia que dio el director delante de todo el cuerpo docente y los alumnos por llevar pedazos de pan al establecimiento y comerlos debajo del escritorio. Después de dejar la escuela tuvo muchas aventuras sexuales, finalmente se casó con un ruso y vino a Inglaterra.

Sus amigos la encontraban capaz, dotada, culta, generosa y de buen corazón.

Ella es todas estas cosas, pero detrás de esa fachada había una niña profundamente infeliz, salvajemente impetuosa e impaciente, que no podía soportar ni la tensión ni la separación.

Sus hijos eran extensiones de su propio cuerpo, como ella lo había sido de su madre, y eran inconcientemente explotados como ella lo había sido.

Los robos aparecieron gradualmente, como parte de un modelo mucho más amplio de conducta impulsiva que la llevó varias veces a situaciones de peligro

real. Estas acciones impulsivas aparecían siempre en cualquier situación de tensión.

Los primeros siete años de su análisis fueron caracterizados por el fracaso de mi parte para hacer que la transferencia fuera real para ella de algún modo o “para ayudarla a descubrirla” como ella más tarde dijo. El análisis fue llevado a cabo a lo largo de líneas comunes dentro de los límites de la técnica analítica aceptada; muchas interpretaciones transferenciales fueron dadas, pero todas eran absolutamente sin significado para ella. La única cosa que ella hacía era que frecuentemente daba consejos y hacía comentarios a sus amigos y relaciones basados en cosas que yo le había dicho, y aun atribuyéndomelas. Pero todavía no tenían un significado personal para ella y los cambios que habían sobrevenido eran muy leves aunque había mejorado por cierto: había menos robos y sus relaciones en general eran más fáciles. Nos estábamos preparando para interrumpir, aunque ambas sabíamos que las dificultades principales aún permanecían. Algunas veces pude hacerle ver donde transfería algo a su marido, o a alguno de sus hijos, pero nunca a mí.

Su enganche emocional con la madre permanecía igual y el duelo por su padre nunca fue alcanzado.

Ella me contó la historia de una niña que había penetrado en un cuartito que estaba prohibido y custodiado, no por Barba Azul sino por la Virgen María. Los dedos de la niña estaban cubiertos de oro que ella encontró allí y la castigaron echándola. Mi interpretación acerca de su curiosidad, tanto acerca de su propio cuerpo como del mío, diciéndole de su idea acerca de mí misma como la virgen prohibidora y que castigaba con el oro oculto, no significaron nada para ella. Parecía que la llave de su propia puerta cerrada estaba perdida más allá de nuestra posibilidad de encontrarla.

Rápida y dramáticamente este cuadro cambió: ella vino un día fuera de sí, con pena, vestida toda de negro, su cara hinchada por el llanto y en verdadera agonía: Ilse había muerto súbitamente, después de una operación en Alemania.

Yo había oído hablar de Ilse entre otros muchos amigos pero no había habido nada que la distinguiera de los otros. Ahora encontraba que la parte principal de la transferencia había sido con ella, y había sido mantenida secreta aparentemente a causa de la culpa por los sentimientos homosexuales hacia ella. Había sido una amiga contemporánea de los padres de Frida, y había transferido su amistad a Frida, cuando ésta tenía seis años. Durante cinco semanas este estado de aguda desesperación continuó sin cambios. Le mostré su culpa acerca de la muerte de Ilse, su ira contra ella y su miedo de ella; le mostré que ella sentía que Ilse le había sido robada por mí; que ella estaba reprochando al mundo, a su familia y a mí; que ella quería que yo comprendiera su tristeza como Ilse había comprendido su infelicidad infantil y que simpatizara con ella. Nada de esto la alcanzó. Ella estaba para todos los intentos y propósitos fuera de contacto. Su familia cargaba con lo más pesado de esto, no comía ni dormía, hablaba solamente de Ilse, a quien ha-

bía idealizado y cuyas fotos estaban por todas partes en la casa. Veía a Ilse en los colectivos, en las calles, en las tiendas; corría tras ella, solo para darse cuenta de que era otra persona. Mi interpretación de que ella quería que yo le resucitara a Ilse mágicamente y que quería castigarse a sí misma y a su entorno por su infelicidad, caía en oídos sordos; nada le alcanzaba.

Ella no podía acostarse, se sentaba algunos minutos y después deambulaba alrededor del cuarto, gimiendo y restregándose las manos.

Su vida estaba en peligro evidente, tanto por el riesgo de suicidio, como por estar exhausta. De alguna manera yo tenía que romper esto. Al final le dije qué dolorosa resultaba su pena, no sólo para sí misma y para su familia, sino para mí. Le dije que ninguno podía estar cerca en ese estado sin sentirse profundamente afectado, que me sentía muy apenada por ella y con ella en su pérdida.

El efecto de esto fue instantáneo y muy grande. Dentro de la misma hora ella se calmó y empezó a llorar de una manera medianamente triste. Empezó a cuidar a su familia nuevamente y unos pocos meses después encontró el departamento más amplio que había estado necesitando durante años, pero al que había declarado hasta ese momento como imposible. En mudarse y arreglarlo encontró una felicidad que nunca había experimentado antes, que duró y creció. Sus impulsos reparatorios entraron en acción de una manera totalmente nueva.

Muchas veces yo había hablado acerca de sentimientos en conexión conmigo pero esto no había tenido absolutamente ningún sentido para ella. Solamente aquellos sentimientos que eran expresados y mostrados en realidad significaron algo después de todo. Ella recordaba demasiado claramente haberle dicho irónicamente a su madre que la amaba y que estaba arrepentida por cosas que había hecho, etc., etc.; por no hablar de las exageradas expresiones de amor de su madre hacia el padre, que fueron negadas más tarde.

Pero yo había expresado también mis propios sentimientos en dos ocasiones anteriores. La primera cuando había estado sentada escuchando por centésima vez un relato interminable de una pelea con su madre por dinero; y también por centésima vez había luchado por mantenerme despierta; era tan aburrido, y como de costumbre ninguna interpretación la tocaba, si tenía que ver con el contenido de la charla, los mecanismos, la transferencia o sus deseos inconscientes, etc., etc. Esta vez yo le dije que el contenido de su charla no era lo más importante y que eso era defensivo, y agregué que tenía muchas dificultades en mantenerme despierta ya que esas repeticiones eran aburridas. Hubo un silencio conmocionado, horrorizado y después una explosión de rabia ofendida, y entonces ella dijo que estaba contenta de que yo se lo hubiera dicho. Los relatos de sus peleas se acortaron y se disculpaba por ellos después, pero su significado permanecía oscuro.

Ahora sé que yo había sido para ella el padre muerto, al cual ella debió haber sido capaz de decirle qué tremenda era su madre, y que él debería haberla ayudado en su infancia a tratar con la enfermedad mental de su madre.

Yo también era Ilse que debía haber estado con ella en todas sus dificultades; pero si yo le hubiera interpretado esto, estoy segura que solamente me hubiera encontrado con la misma respuesta que tuve a todas las otras interpretaciones transferenciales.

La segunda vez, yo había redecorado mi consultorio. Ella se enorgullecía de saber cómo esto debió haber sido hecho, y muchas veces me había dado consejos de una manera muy protectora que yo le había interpretado como sus deseos de controlarme a mí y a mi propia casa, y de decirme cosas en lugar de que yo se las dijera a ella. Esta vez yo había recibido consejos durante todo el día, de un paciente tras otro; era el fin de la jornada y estaba cansada, y en lugar de darle una interpretación, sin pensar, le dije crudamente: “Me importa un bledo lo que usted piense”; otra vez hubo un silencio de conmoción, seguido por una disculpa furiosa y realmente sincera. Poco después vino el reconocimiento de que muchos de los buenos consejos que le daba a sus amigos, a las personas que encontraba casualmente en las calles, en las tiendas, podían crear también resentimiento, y que en su ansiedad por controlar el mundo ella, de hecho, era pesada y entrometida.

Después de contarle a ella mis sentimientos en la época de la muerte de Ilse, y ligar esto con aquellas épocas primeras, ella me dijo que por primera vez desde que había empezado su análisis yo me había convertido en una persona real y que yo era muy diferente de su madre. Ella había sentido que siempre que yo comentaba alguna cosa era su madre, y que le decía como su madre siempre le había dicho: “Y usted es una persona terrible”. Esto que yo había sabido por mí y le había interpretado como una manifestación transferencial fue negado por ella; esto también sólo significaba: “Y usted es terrible”.

Ella me llamaba la “lección 56” del libro de texto. Ahora ella podía relacionar este libro de texto con las revistas de mujeres que su madre había leído y en las cuales había encontrado muchos de sus caprichos y fantasías.

Mis sentimientos, siendo inconfundiblemente reales, eran diferentes de los sentimientos falsificados de sus padres; le permitieron a ella y a sus asuntos un valor que nunca habían tenido, excepto con Ilse. En otras palabras, para ella me había convertido en Ilse en el momento de expresar mis sentimientos. Desde este momento las interpretaciones transferenciales empezaron a tener sentido para ella, no sólo ahora las aceptaba a menudo cuando se las daba, sino que frecuentemente decía: “Usted me dijo esto antes pero yo no sabía lo que quería decir”, y aún: “Recuerdo que usted me dijo esto muchas veces pero ahora lo entiendo”, relacionado esto con alguna cosa de ella que previamente había rechazado.

Poco después de esto, y por primera vez, un modelo empezó a mostrarse en relación con los robos y otras acciones compulsivas. Me di cuenta de que esto sólo ocurría cuando su madre estaba de visita. Pero estos actos eran cada vez más peligrosos. Un día ella había sido atropellada por un coche y herida bastante seriamente en el camino a su casa después de análisis; no sé como no se mató. Otra vez

un vecino me dijo: “Si esa mujer que sale corriendo de su puerta y cruza la calle sin mirar es paciente suya, es muy peligrosa”. Otro día en que fui a una avenida cerca de mi casa, en un lugar de mucho tránsito, la encontré a Frida a veinte metros del cruce peatonal, esquivando locamente los autos y poniendo a todo el mundo en peligro, incluida a sí misma. Le mostré la relación de estos acontecimientos y las visitas de su madre, y el carácter criminal y suicida que tenían. Ella rechazó esta idea como rechazaba cualquier idea de sí misma como enferma y como había rechazado anteriormente todas las interpretaciones transferenciales.

Unas pocas semanas después, mientras su madre estaba con ella, fue detenida por viajar sin pagar boleto, porque estaba apurada y no tenía cambio. Esto significó ser citada en una corte, y yo le di un certificado diciendo que ella estaba en tratamiento por su conducta compulsiva y que en esencia era una persona honesta y confiable, lo cual era cierto. Esto, como mis expresiones de sentimientos, le hicieron una profunda impresión ya que yo le había dicho abiertamente precisamente lo opuesto de aquello que los padres habían dicho siempre de ella, cuando la etiquetaban de mentirosa y ladrona. Su padre había amenazado con suicidarse si encontraba que su hija era ladrona, ella comenzó a reconocer su *acting-out* peligroso y a tener miedo de ello; pero continuaban.

La siguiente vez que su madre vino ella robó nuevamente. Yo le dije que me preguntaba si no debería rechazar seguir tomando la responsabilidad de su análisis si ella tenía allí a su madre nuevamente; yo ya le había dicho muchas veces que creía que ella estaba corriendo riesgos al hacerlo. En la siguiente visita de su madre ella robó una vez más y le repetí lo que le había dicho.

Le mostré que ella ni creía en el peligro, en la realidad de su enfermedad, ni en lo que podía haber significado lo que le dije. Le aseguré que lo hice y que si ella tenía a su madre allí nuevamente no me responsabilizaría por ella e interrumpiría su análisis.

Alrededor de esta época ella pasó muchas sesiones contándome del mal comportamiento de un niño que la estaba visitando. También me había contado de la desobediencia de su pequeña hija. Y yo le pregunté por qué no podía ser firme e impedirles a ellos continuar haciendo las mismas cosas una y otra vez.

Esto era un viejo cuento, ella nunca fue capaz de obtener obediencia de parte de sus hijos sin volar en una ira violenta y asustarlos con ella. Les dejaba hacer sólo lo que ellos elegían, racionalizándolo como “siendo moderna o avanzada”; podían quedarse levantados hasta tarde de noche, faltar a la escuela, etc. Y ni ella ni su esposo podían hacer algo con respecto a esto; en realidad inconscientemente lo alentaban.

Le pregunté que sucedería si yo me negaba a permitirle a ella continuar contándome estas historias. Yo estaba tan cansada de ellas como ella lo estaba del comportamiento de los hijos. Ella “no sabía”, y siguió con otra historia. Yo dije: “Yo quise significar eso, no la estoy escuchando más”. Ella estaba en silencio y

luego dijo: “Es terrible. Y es glorioso que usted me diga algo así. Nunca nadie me había hablado así antes; yo no sabía que podía ser así. Usted a menudo me ha dicho acerca de decirle a los chicos que no les iba a dejar hacer las cosas pero yo simplemente no sabía cómo hacerlo”. Y desde entonces ella comenzó a ser capaz de aceptar un “no” para ella misma y a decirlo.

Ahora cuando le dije que interrumpiría su análisis si ella le permitía a su madre venir nuevamente, le recordé a ella esto y que ella lo había encontrado glorioso. Los siguientes tres días ella estaba en pánico y confusión. Cuando esto sucedió pasó algún tiempo planeando cómo impedir que su madre se quedara. La trató mal por algunas semanas y luego la pregunta apareció nuevamente: ¿Debía yo decirle a ella lo que tenía que decir? ¿Podía ella permitirle a su madre venir y ella salir y dormir en la casa de una amiga? Le mostré que ésta no era la solución y que ella tenía que encontrar su propio modo de manejar la situación. Después de más pánico y furia ella le contó a su madre por primera vez acerca de su análisis y que yo le había prohibido la visita. Esto fue una tentativa de decirle: “Tú eres una persona terrible” a su madre.

Al día siguiente tuvo el impulso de robar manzanas en el jardín del vecino; justo en el momento en que se estaba deslizando por la cerca con su canasto se detuvo a sí misma, y más tarde envió a uno de sus hijos a pedir algunas manzanas. Para su sorpresa y delicia se las dieron.

Le mostré que al ver a su madre de algún modo, en realidad me había desafiado de manera simbólica así como también me obedecía y que el cambio de actitud en relación a las manzanas dependió de que ella había podido aceptar un “no” de mí y decirle “no” a su madre. Ella había encontrado que yo era digna de confianza, que yo quería decir lo que decía y que aunque yo hubiera interrumpido su análisis, no habría sido por estar enojada. Empezó a creer en realidades que había estado negando. Desde ahí sus sentimientos hacia el análisis cambiaron enormemente. Empezó realmente a sufrir, especialmente en los fines de semana; una hora no le era suficiente, estaba esperándome todo el tiempo, y vivía su análisis a lo largo de todo el día, aun cuando estaba haciendo su trabajo más efectivamente y viviendo su vida en forma diferente. La transferencia se había convertido en una realidad para ella, al fin.

Ella tenía dificultades en doblar la manta, en decidirse si me subía o no la leche cuando la encontraba en la escalera. Habían sido viejas dificultades y ella encontraba que quería hacer cosas muy opuestas acerca de esto; aquí pude mostrarle cómo muchos de sus sentimientos hacia mí estaban puestos en otras cosas. Ella se describió a sí misma como dividida (ésta era una expresión de ella, yo no la había usado) y ella me mostró cuán distantes estaban unas piezas de las otras, abriendo sus manos como treinta centímetros. Le recordé que una parte de ella había estado acá y otra parte había estado en Alemania con Ilse. Encontró que quería mirarme a mí con lo que podía llamar miradas de rabillo, y se dio cuenta de que tenía dos creencias. Una, que yo era su madre y la otra que yo era Ilse; pero ambas habían estado sostenidas con una fuerza delirante y tenían una cualidad alucinato-

ria que ella ahora empezaba a disolver, comparándolas concientemente con la realidad. Los robos empezaron a aparecer directamente en la transferencia, y ella se encontró a sí misma viajando sin pagar boleto a verme a mí.

Por esta época entró en contacto muy próximo con mi odio hacia ella, mucho más de lo que antes lo había experimentado y de una manera que significó algo muy real para ella. Un día me encontró por casualidad en un concierto, y después en el cuarto de los músicos para su gran sorpresa. Me dijo bastante enojada: “No sabía que usted conociera a X.”, y al día siguiente descubrió que ella lo que había querido decir era: “¿Qué derecho tiene usted de estar acá?”.

Desde ese momento fue posible mostrarle (como muchas veces había yo tratado de hacer) cómo ella había estado tratando de controlarme mágicamente y de tenerme con ella en todas partes. Mucho de su ir a conciertos había sido llevándome con ella y al encontrarme en realidad allí, había perturbado su fantasía. Yo le mostré también a ella lo que podía haber significado para mí encontrármela a ella frecuentemente, enfrentarme con su posesividad en un lugar que no fuera la sesión; porque la idea que ella tenía de sí misma, expresada en su conducta y en sus conversaciones previas, era que se había apropiado no sólo de mí, sino de toda la sala de conciertos, de los artistas y de los compositores también.

El reconocimiento de sus fantasías omnipotentes la llevó a darse cuenta de que ella había estado esperando algo inalcanzable y mágico del análisis. Había creído que podía transformar a su marido, a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos y hermanas; llevarlos nuevamente a su infancia y traer tanto a su padre como a Ilse de vuelta a la vida. Sus miradas de raballo le hacían verme a mí como persona, por primera vez. “He descubierto algo; es muy doloroso y sin embargo estoy contenta; he encontrado que yo no sé nada acerca de usted; nada en absoluto. ¡Qué tonta he sido!, haber hecho todo ese esfuerzo tan tremendo en tratar de transformarla a usted en algo que usted no es. Cualquiera cosa que yo pensaba que sabía, cualquier cosa que yo luchaba por tratar de hacerme entender a mí misma, leyendo a Freud, a Melanie Klein, y todo ese esfuerzo fue inútil. Me siento tan estúpida. Estuve tratando de forzarla a usted y estoy muy arrepentida”. Le dije que no necesitaba estar arrepentida; ella me miró y explotó furiosamente: “Voy a arrepentirme si se me da la gana”, y luego me contó de su juego secreto de asociaciones en el cual pensaba en un perfume, en un edificio, en un libro, etc., y lo asociaba conmigo. Ahora sus miradas a hurtadillas le mostraban cuán irreal había sido todo eso.

Al día siguiente yo tenía un resfrío y ella sintió que era imposible hablarme ya que cualquier cosa que dijera sería atacarme. Reconocía que estaba deseando algo mágico, dos cosas opuestas al mismo tiempo, estar ahí e irse, protegerme y destruirme. Ahora podía darse cuenta que ninguna cantidad de análisis lo haría posible. Le hablé del mundo interno de su imaginación y del mundo de la realidad externa. Sólo en el interno uno puede ser así, y mientras su mundo interno y el mío podían encontrarse en algunos lugares, nunca podrían ser el mismo. Permaneció en silencio y pensé que casi dormida. Se escondió debajo de la manta. Cuando

salió dijo que había pensado: “Si me quedo quieta puedo estar aquí, y no estar aquí; y usted puede irse a dormir, querida, si lo quiere”. Se sintió aliviada y completa porque esto había funcionado. Le dije que ella había traído juntos al mundo interno y al externo, permitiéndose tener su propio mundo y a mí tener el mío. Había sido una persona completa y separada de mí.

Al día siguiente descubrió que había sido capaz de hacer algo de una forma no planeada y no arreglada previamente y que le había salido bien. Eso nunca antes le había parecido posible. Y había descubierto una nueva clase de sentimientos que no comprendía; sentía gratitud hacia alguien a quien no amaba y había sido capaz de auxiliar a alguien de manera distinta. Esto hizo que se sintiera diferente, tanto hacia la otra gente como hacia sí misma. Antes había sido arrogante, ahora podía ser amistosa y gustar de sí misma. Le dije que había encontrado que podía gustar y disgustar a la misma persona, y de esta manera no necesitaba dividirme a mí en dos y poner partes de mí en otro lado.

Entonces recordó un incidente que le había ocurrido cuando tenía cuatro años: había salido con su padre y tenía un palito en la mano, de aproximadamente el tamaño de su pene. El lo tomó, lo tiró al agua y le mostró cómo flotaba a lo lejos debajo del puente. Le dijo que éste era su carácter caprichoso. Ella no pudo sentir que esto tuviera que ver con ella pues no estaba en ese estado cuando esto ocurrió. Ahora se daba cuenta que realmente había creído que se trataba del pene de su padre; lo había visto como eso y se había sentido frustrada y rabiosa cuando el padre se lo sacó. Ahora sabía que esto era cierto, como yo había dicho, que ella nunca había sido capaz de sentir el duelo por él, que su muerte no tenía nada que ver con ella, que no había sido porque ella fuera irritable pero aún creía que ella lo había causado.

Ahora pudimos ver más claramente que antes muchas cosas de la primera parte de su análisis que habían sido muy dificultosas a causa de su fracaso en simbolizar. Por ejemplo: muchas veces se había peleado consigo misma en relación a si subirme o no las botellas de leche que encontraba en la escalera. Había sido absolutamente imposible para ella decidirse y totalmente inútil para mí interpretarles cualquier cosa acerca de esto, o decirle que no importaba lo que hiciera. Sólo ahora podía ver que para ella las botellas de leche no solamente me representaban a mí (como yo había dicho) sino que eran yo y que ella había querido patearlas como ella había sido pateada por sus padres y por el coche que la había atropellado; pero en su delirio esto significaba en realidad patearme. La manta también había tenido el mismo significado. Al final estaba libre de ellas; algún otro día podía envolverse con mi manta y subirme la leche; eso no era más responsabilidad de ella.

Su ambivalencia apareció bastante clara. Dijo: “La odio porque la amo tanto”, y otra vez: “Maldita y reventada sea, y bendita sea por amarla yo tanto”.

La separación empezó a ser aceptada; la fusión o pérdida de identidad ha sido más difícil. A lo largo de las dificultades en aceptar todo esto fueron también las dificultades en permitirse a sí misma solamente odiar o solamente amarme con

todo el corazón, ahora que yo soy la persona hacia quien ambos sentimientos son sentidos en lugar de ser la persona amada mientras su madre era la odiada; o la odiada mientras Ilse era la amada.

Describió cómo se sentía “adentro de una cápsula tratando de salir, pero todavía no afuera”. La cápsula es transparente, incluso invisible. Recordó que siendo una niña de seis años había hecho un círculo en la arena con su pie y danzado dentro de él creyéndose a sí misma invisible y sintiéndose muy perturbada cuando alguien le habló de cómo se veía haciendo esto. Algo similar ocurrió años después cuando comía pedazos de pan en la escuela no dándose cuenta de que podía ser vista.

Aquí finalmente, en su propia descripción, está el delirio básico en el cual ha vivido; que ha sido su defensa principal a lo largo de su análisis.

Ligué todo esto con una observación que había hecho muchas veces anteriormente; que yo pensaba que había presenciado la escena primaria en un espejo, estando protegida de verla directamente. Le hablé de las dificultades en comprender acerca de un espejo, salvo que alguien estuviera ahí para mostrarle al chico su propio reflejo; o al menos que algún objeto familiar identificable le permitiera verlo a ella tanto con espejo como sin él. Ella dijo: “Alguna vez usted me había dicho acerca de ver a mis padres en el espejo y nunca le creí; no lo recuerdo pero ahora sé de qué lado estaba mi cama y era en el lado derecho. Puedo ver una habitación pero todo el mobiliaje es extraño, no sé nada de él”. Después se acordó de haber oído que en su segundo año de vida su padre había tenido un nuevo empleo y que por un corto tiempo la familia estuvo en un hotel. Esta fue la única vez que ella había dormido en el cuarto de sus padres hasta donde sabía y el recuerdo de esto había sido negado.

La “cápsula” representa, entre otras cosas, la identificación con su padre, el padre mágico a quien nada podía tocar; también representa el pene mágico invisible por medio del cual ella podía quedar en manos de su madre y de Ilse. Ilse también era invisible hasta que su muerte había roto la cápsula y la había revelado.

Mi identificación con Frida en su pérdida y dolor restauraron esto, pero conmigo en el lugar de Ilse. Fue eso lo que hizo posible el duelo, tanto por su padre como por Ilse, a través del análisis de la transferencia que hasta ese momento había resultado inaccesible.

Para ella romper la “cápsula” había significado la aniquilación tanto por la separación como por la fusión; sólo si alguien de afuera podía romperla violentamente y seguramente podía entonces ella emerger como una persona viviente y sensible; y sólo una persona con sentimientos reales podía lograrlo, haciendo que sus sentimientos quedaran disponibles. Todo había tenido que estar sostenido fijamente, mágicamente y de forma invisible, fuera del alcance de los impulsos primitivos destructivos de amor-odio. Ahora ella está sentada entre las ruinas de un

mundo que ha fragmentado y está buscando maneras de repararlo. No reparándolo tratando de traer a su padre y a Ilse nuevamente a la vida, o haciendo a sus padres agradables y felices cuarenta o más años atrás, sino haciéndolo imaginariamente mediante nuevas actividades creadoras que están trabajando en ella; podemos llamarlas sublimaciones.

Es más feliz ahora de lo que nunca lo ha sido, e infeliz también. Su duelo no ha sido completado aún, pero está en camino de hacerlo. Su casa es un lugar más confiable para su esposo e hijos porque ella puede decir algo y mantenerlo; puede disentir con su esposo sin tener una pelea furibunda delante de los niños como lo hacía antes y puede permitirles ser individuos. Su vida sexual se ha alterado; ahora puede disfrutarla y tener orgasmo genital. El problema de la piel rara vez la molesta y el mundo en que vive se vuelve sano y común (aunque pueden haber cosas locas en él) en vez de ser hostil, antisemítico y loco. Sabe que es a través de la muerte de Ilse que se está poniendo bien, ha aceptado su placer por la muerte de Ilse, y su odio; su amor destructivo y su tristeza.

No entré en la muy complicada psicopatología de este caso ya que para mi propósito presente es suficiente decir que su capacidad de desplegar el sentido de realidad estaba seriamente deteriorada. La simbolización y el pensamiento deductivo habían sido en gran parte reemplazados por el pensamiento concreto. Era incapaz de distinguir entre las impresiones visuales y auditivas reales y las alucinaciones, o entre la realidad y la fantasía. La división de su yo, mientras era aún un yo corporal, había resultado un persistente fracaso en conseguir percepciones correctas o deducciones correctas de tales percepciones. La consecuencia de esto fue que todas sus transferencias eran engañosas y sobre ellas se basaban sus relaciones.

Debía ser alcanzada a través de capas y capas de disociaciones y negaciones, en el nivel de dependencia indefensa y no separación: el nivel de su fantasía paranoide. Esto, como todas sus otras fantasías, no fue susceptible de interpretación transferencial; debía romperse en la forma más directa posible, por ejemplo por la vía del analista como una persona real.